

¿Hacia la siguiente Revolución Rusa?

Robert Service

El historiador inglés Robert Service es miembro del St. Anthony's College de la Universidad de Oxford, así como de la Hoover Institution en la Universidad de Stanford. En el transcurso de la primera década del siglo XXI publicó tres biografías al hilo: *Lenin* (2000), *Stalin* (2004) y *Trotsky* (2009), las cuales ya circulan en español, y es autor además de varios estudios sobre la historia rusa después del tiempo de los zares como *Historia de Rusia en el siglo XX* (Crítica, traducción de Carles Mercadal Vidal, 2000), *Rusia, experimento con un pueblo, de 1991 a la actualidad* (Siglo XXI, traducción de Víctor García Ballester, 2005), *Camaradas: breve historia del comunismo* (Ediciones B, traducción de Javier Guerrero Gimeno, 2009). Está por salir un nuevo trabajo de Service: *Spies and Commissars: The Early Years of Russian Revolution*. Este artículo se tomó de la página editorial de *The New York Times*, del 24 de septiembre de 2011. Nota y traducción de Antonio Saborit.

Hace veinte años, Mijaíl S. Gorbachov anunció el final de un enorme experimento global. Al cabo de siete décadas, la Unión Soviética habría de ser desmantelada, sus quince repúblicas se volverían países independientes y el capitalismo reemplazaría a la economía soviética planificada. El cuerpo embalsamado de Lenin permaneció intacto en el mausoleo de la Plaza Roja en Moscú, pero la causa por la que encabezó la Revolución de octubre de 1917 había dejado de contar con el afecto de cientos de millones de rusos y de millones más en todo el mundo.

Durante dos décadas el pueblo ruso ha soportado, en buena medida en silencio, el sistema de poder opresivo y corrupto que llegó después, hasta que las flagrantes irregularidades en las elecciones parlamentarias de principios de septiembre del 2011 sacaron a la calle a unas cincuenta mil personas en son de protesta. Los inconformes organizaron para hoy sábado 24 de septiembre la que se espera sea la mayor manifestación



En televisión nacional, Gorbachov sacó la casta: “Vivimos en un mundo nuevo”, dijo durante una transmisión de su discurso de renuncia el 25 de diciembre de 1991. “Se ha puesto fin a la guerra fría y a la carrera armamentista, así como a la desquiciada militarización del país.”

desde la caída del comunismo. Vladimir V. Putin, el único y futuro presidente, al fin se las ve con un conflicto proveniente de las calles.

La crisis definitiva del comunismo, en cambio, fue un asunto tranquilo. El final de la Unión Soviética tuvo un carácter revolucionario, aunque no interviniera una multitud que avasallara los muros del Kremlin, un ataque a los cuarteles de la KGB o que convocara a las guarniciones militares en Moscú. De hecho, los últimos días de la era del comunismo fueron notables por la baja intensidad de la actividad política de cualquier tipo.

En televisión nacional, Gorbachov sacó la casta: “Vivimos en un mundo nuevo”, dijo durante una transmisión de su discurso de renuncia el 25 de diciembre de 1991. “Se ha puesto fin a la guerra fría y a la carrera armamentista, así como a la desquiciada militarización del país.” Pero fue incapaz de ocultar que lamentaba que el orden soviético estuviera a punto de desaparecer.

Gorbachov pagaba el precio de sus errores. Las leyes económicas que introdujo en 1988 debilitaron al enorme sector estatal sin dar paso al surgimiento de la empresa privada. Gorbachov irritó a las instituciones dominantes del país —el Partido Comunista, la KGB y el ejército— pero sólo pudo su capacidad para contraatacar. Más aún, al ampliar las libertades de expresión, sin darse cuenta animó a los radicales para que denunciaran al comunismo, no obstante sus reformas.

Gorbachov asumió complacientemente que la reforma liberaría las energías del “pueblo soviético”. Pero resultó que lo cierto era que tal pueblo no existía. Estonios, latvios y lituanos presionaron por un estado independiente y eligieron como dirigentes a sus propios patriotas bálticos. En 1990 los georgianos eligieron como presidente a un nacionalista salvaje. La desintegración continuó a lo largo de las fronteras occidentales y sur orientales de la Unión Soviética.

En agosto de 1991, mientras Gorbachov vacacionaba en Crimea, sus subordinados se movieron para detener sus reformas montando un golpe de Estado. Sólo que los conspiradores pasaron por alto la necesidad de arrestar a Boris N. Yeltsin, un ex-comunista radical que dos meses antes había sido electo presidente de la república de Rusia. Yeltsin se fue de inmediato a la Casa Blanca rusa en el centro de Moscú. Parado encima de un tanque denunció abiertamente a los conspiradores. El golpe de Estado se frustró y cuando Gorbachov volvió de su arresto domiciliario, Yeltsin fue quien apareció como héroe. Sin embargo, Yeltsin sintió que no podría consolidar su supremacía personal a menos que quebrara a la Unión Soviética y que gobernara a Rusia como un Estado separado. Él y sus sim-



patizantes veían a Rusia como un gigante adormilado con un futuro de un enorme potencial si se hacía a un lado a las demás repúblicas soviéticas. Veía al comunismo como un callejón sin salida y como una pesadilla totalitaria. Y a diferencia de Gorbachov, él estaba dispuesto a decir abiertamente lo anterior y sin error.

La oportunidad surgió el 1 de diciembre de 1991, cuando los ucranianos votaron por romper con la Unión Soviética. Sin Ucrania, quedaba claro, la Unión Soviética enfrentaría sucesivas peticiones secesionistas. Yeltsin se reunió tranquilamente con los presidentes de Ucrania y Bielorrusia y llegó a un acuerdo para declarar la abolición de la Unión Soviética.

A Gorbachov no le quedó otra opción más que aceptar, y el vengativo Yeltsin lo sacó del Kremlin sin ceremonia alguna. El pueblo ruso —así fue como se vio— prefirió ver a los políticos por televisión que volverse un participante activo en la transformación del país. Durante mucho tiempo ese pueblo ruso había actuado con cinismo en cuanto a los dirigentes comunistas, y el trauma de los arrestos y ejecuciones durante el Gran Terror de Stalin al final de la década de 1930 lo había vuelto cauteloso en cuanto a tomar partido en política.

Aunque miles de jóvenes rusos se sumaron a Yeltsin en la defensa ante los golpistas en agosto de 1991, el activismo cívico fue a la baja conforme empeoraban las condiciones. Al privatizarse las empresas estatales, los trabajadores temieron quedar sin empleo y se negaron a los llamados a la huelga. El sector de las manufacturas ruso se desplomó; sólo los sectores de la petroquímica, el oro y la madera lograron sortear con éxito las tormentas del desarrollo capitalista. Unos cuantos hombres de negocios se volvieron ultra millonarios explotando los vacíos legales y recurriendo a métodos fraudulentos y violentos. La mayoría de los ciudadanos de la Rusia poscomunista estaban demasiado exhaustos para algo más que rezongar.

La protesta pública contra el Kremlin se volvió más difícil bajo el gobierno de Putin. Elegido para la presidencia en 2000, y hoy como primer ministro, él ha echado mano del fraude en las urnas, de la descalificación de los candidatos de sus rivales políticos y del control de la televisión nacional para mantenerse en el poder. Aunque alcanzó la popularidad al traer la estabilidad, su propio gobierno hoy es imán de una hostilidad cada vez mayor.

La mayoría de los rusos están hartos de la corrupción, del mal gobierno y de la pobreza que plagan al país mientras la elite del Kremlin celebra las ganancias de las exportaciones de petróleo y gas, ¿y quién los culpa? A la vuelta del milenio, el cuarenta por ciento del pueblo ruso vivía por debajo de la línea de la pobreza definida por Naciones Unidas. El aumento



en los precios del petróleo ha hecho que la pobreza disminuya hasta cierto punto, pero Putin no se ha esmerado por erradicarla.

La oposición, al cabo de años de acoso en manos de Putin, no ha logrado aprovechar la inestable situación actual. Pero el reciente estallido de protestas populares ha desconcertado a Putin, al darse cuenta de que su gobierno autoritario carece de las válvulas de escape que le permiten a las democracias liberales anticipar y aliviar las expresiones de descontento.

Putin no puede seguir dando por sentada esta supremacía. Aún no se trata de una situación revolucionaria. A fin de cuentas Putin, como antes lo hiciera Yeltsin, puede contar con el dinero y con la política de concesiones necesarias para ganar la presidencia el próximo año; y no tiene empacho en permitir que las agencias de seguridad usen la fuerza.

Sólo que los rusos, luego de alejarse como en rebaño del comunismo, empiezan a despertar a la idea de que si quieren democracia y justicia social, se tienen que involucrar en la lucha activa. Inactivos en los días finales del comunismo veinte años atrás, acaso estén a punto de plantarse en defensa de sus derechos.

Los mitos de la nueva y la vieja Rusia

Rodric Braithwaite



Rodric Braithwaite (Londres, 1932) es autor de varios libros que se derivan de su pasión y conocimiento de Rusia, así como de su experiencia como embajador en Moscú entre 1988 y 1992: *El compromiso de Rusia* (ICIPE, traducción de Agustín Vergara Sharp y Míriam Rodríguez Murphy, 1995), *Russia and Europe* (1999), *Across the Moscow River: The World Turned Upside Down* (2003) y *Moscú 1941: una ciudad y su pueblo en guerra* (Crítica, traducción de Gonzalo G. Djembé y Francesc Fernández Sánchez, 2006). Braithwaite estudió letras francesas y rusas en la Universidad de Cambridge, y en